

Día de la madre fallecida.

El cariño que se mantiene en la mente de muchas personas que tenemos la desdicha de no contar con nuestras madres es algo imposible de borrar. Las personas son todas distintas y múltiples efectos agravarán o fortalecerán los afectos o apego a sus memorias y dependerá de la personalidad que haya desarrollado cada hijo/a frente a ella y también de la afectuosidad, cercanía y amor que ella le haya profesado a su familia.

Los cementerios estuvieron cerrados para aquellos que quisieron cumplir la rutina de arreglar sus tumbas u ornamentarlas con flores, por lo que sólo quedó disponible la reflexión, una oración, la revisión de fotografías o vislumbrarla en un asiento, sillón o un rincón de la casa familiar. Ella no lo necesita, porque sólo requiere que no se le olvide y que esté presente en los objetos que celosamente guardamos.

Pensar en ella desde la casa debió ser tan fuerte como estar en el silencio del panteón. Ojalá que haya habido respeto al necesario momento de introversión y que la familia haya recordado la importancia de estar reunida por acción de ella.

Los que tienen la gracia de tenerla viva, sea madre juvenil, madura o de la tercera edad, deben buscar hoy y siempre, en esta época de pandemia, una manera distinta de celebrarla. Quizás hay más tiempo para pensar en ella y ojalá que afloren los recuerdos positivos de todo el período de acompañamiento y formación y que se apliquen los perdones en caso de conflictos. Es hora de darse cuenta de la fragilidad de la existencia y cuán penoso llegará a ser, al momento de su adiós, no recibir su caricia, su sonrisa o una frase de aliento, de apoyo o de orgullo como hizo mientras crecemos.

En esta época en que todo es relativo, donde los niños creen egoístamente que son los primeros y únicos habitantes de la tierra y que imaginan que sus padres y abuelos son unos aparecidos, sería bueno volcar en sus mentes la sensación histórica de saber que, antes que la propia madre, hubo muchísimas otras que formaron parte de una cadena interminable de proyección de vida y que, su presencia en este mundo es por un efecto de sobrevivencia.

Los camposantos no son los lugares en que viven los muertos. Es el espacio donde concurrimos a recordarles y brindarles un agradecido homenaje. Allí nos reencontramos con ella y si en esta ocasión no pudimos, es por nuestro bien y los que creen confían en que entenderá. El desconuelo de no verle es mayor a la necesidad de arreglar o llenar de flores para que otros no especulen de que ya la hemos olvidado.